

Félix Urabayen: La narrativa de un escritor navarro-toledano

Juan José Fernández Delgado



No somos los primeros en lamentar el hecho de que exista un gran número de escritores españoles que durante la década de los años veinte gozaron de renombre y prestigio literario y en la actualidad sean desconocidos, a pesar de que sus obras, en muchos casos, ofrezcan interés para el lector de hoy. Las causas de esta realidad, indudablemente, serán varias y complejas, pero, en numerosas ocasiones, hallan un común denominador: el hecho de haber pertenecido dichos escritores al bando perdedor en la guerra civil (1936-1939). Félix Urabayen es uno de ellos. En efecto: su producción literaria -novelas, estampas literarias publicadas en *El Sol* durante más de diez años y ensayos de diversa índole-, fue muy celebrada hasta el año mismo de 1936. Después, por la causa mencionada, se tendió sobre su nombre y su narrativa un prolongado silencio que dura, prácticamente, hasta nuestros días.

Nace Félix Urabayen en Ulzurrun (Navarra) en 1883. Por razones profesionales de su padre, llevó una infancia itinerante hasta que se establece la familia en Pamplona. Allí estudia las primeras letras y cursa los estudios de magisterio. En estos tiempos de formación intelectual, se despierta en nuestro escritor una enorme curiosidad por el mundo clásico, griego y latino, que se convertirá en interés constante por su mitología, filosofía y literatura; de ello dejará constancia a lo largo de toda su obra mediante abundantes citas, alusiones y comentarios. La veneración por nuestros clásicos se le inculcó también en esta época de formación: a estudiar estos autores y sus obras hubo de dedicar gran parte de su tiempo, por lo que los conoció en extensión y profundidad: El Arcipreste de Hita, López de Ayala, a quien moteja como el primer cacique de Castilla, Jorge Manrique, *La Celestina*, Garcilaso, la novela picaresca, Cervantes, Quevedo, Lope de Vega al que zahiere con saña y encono, etc., encuentran sugerencias, comentarios y digresiones en las estampas y novelas urabayenescas. De sus obras emite agudos y acertados juicios; algunos han cobrado actualidad bastantes años después. Otros, por sugerentes y atractivos no nos resultan menos aceptables, como la imposibilidad de explicarse el espíritu de las Coplas manriqueñas sin la estancia del poeta en Toledo, o el hecho de hacer coincidir el origen de la picaresca y de la mística en los umbrales de la decrepitud de la raza, aunque con distintos presupuestos. La novela picaresca, a su vez, le brinda la fórmula para analizar la moralidad de su contemporáneo: Urabayen concibe el inicio de la decadencia de la raza en los tiempos del Emperador, que ha ido en aumento, por atrofiamiento del individualismo, hasta llegar a nuestros días, por lo que el pícaro de entonces ha degenerado en el actual -"larva" le llama Urabayen-, sólo que éste esconde peores intenciones y se reviste de variados antifaces. En fin, nuestros clásicos le proporcionan

un rico legado en vocabulario y una sencillez sintáctica propia de nuestro dilatado Siglo de Oro. De este análisis de la sociedad actual, surge la constante comparación entre el ayer y el hoy que recorre toda su obra, y el carácter moralista con que impregna todas sus páginas.

Como maestro interino, ejerce en distintos pueblos navarros. En noviembre de 1911 se establece en Toledo, en donde permanece hasta el 22 de julio de 1936 como Catedrático en la Escuela Normal de Magisterio y como Director de la misma a partir de 1931, siempre empeñado en la reforma pedagógica, según corresponde a un hombre educado en los cánones de la Institución Libre de Enseñanza.

En Toledo, su vida, itinerante hasta entonces, se sedimenta, pues durante los veinticinco años de estancia en la ciudad del Tajo, salvo viajes esporádicos a Madrid por razones profesionales y un viaje urgente a París, así como dos cursos incompletos (1919-1921) en la Escuela Normal de Magisterio de Badajoz, apenas si abandona Toledo. Aquí conoce a Mercedes de Priede, hija del dueño del hotel Castilla, con la que se casa en 1914; y en Toledo nace para la literatura como novelista, estampita y ensayista. Recorre la ciudad hasta aprehender la esencia de la misma e íntima con los intelectuales toledanos: Marañón, Camarasa, Vegue Goldoni... En Toledo, asimismo, su alma quedará dividida en dos mitades equitativas entre esta mágica ciudad de adopción (Castilla entera) y su Navarra natal (toda Vasconia): a cada uno de estos espacios dedica una trilogía y numerosas estampas, de manera que su producción novelesca, acorde con esa duplicidad afectiva, se cifra, principalmente, en torno a estas dos realidades geográficas. En fin, Urabayen es ganado por la ciudad del Tajo como lo fue Marañón, Arredondo, Victorio Macho, el propio Mauricio Barrés y tantos otros. Durante estos años toledanos, pues, se produce una simbiosis cuasi mística entre el escritor y la ciudad, o equiparable a la que surge entre Unamuno y Salamanca, Gabriel Miró y Orihuela y numerosos ejemplos más que se pueden aducir.

Producto de su estancia en Toledo es la comprensión total de su morfología, de su síntesis histórica, de su lamentable estado presente y su proyección en el futuro, materializado todo ello en la exquisita y sugerente trilogía toledana en la que nos presenta tres concepciones distintas de la ciudad. Y en su proceso de interiorización en el alma de Toledo, comprende, igualmente, Urabayen que esa heterogeneidad morfológica produce múltiples sensaciones artísticas imposibles de ser apiñadas en una obra o en un cuadro; de aquí que los pintores, artistas y literatos cuando den con una de estas sensaciones crean haber conseguido el secreto de Toledo; mas, en realidad, han logrado plasmar una mínima parte del mismo, pues, el verdadero secreto toledano, afirma Urabayen, está en ser múltiple y variado e imposible de ser descifrado: ni al pintor candiota, a su pintor, le fue dado poseerlo en su totalidad. Estas tres interpretaciones de la ciudad de Toledo, (se trata de la ciudad "descubierta", la "vivida" y, por último, la "descada", a las cuales aludimos después), junto con la concepción de la ciudad como proyecto industrializable y esta imposibilidad de descifrar el enigma toledano, todo ello factible de ser simbolizado en una mujer, permite afirmar que Urabayen es el verdadero descubridor de Toledo para la literatura, como lo fueron los "del 98" de Castilla. Naturalmente, no pretendemos afirmar que sea el primer escritor en acercarse a Toledo: precedentes más o menos inmediatos encontramos en *Angel Guerra* de Galdós, *La Catedral* de Blasco Ibáñez, *La Voluntad* de Azorín y *Camino de perfección* de Baroja, sin necesidad

de acudir a una conferencia que pronunció Urabayen en Toledo en la que recoge todos los novelistas o ensayistas, tanto españoles como extranjeros, que en el siglo XIX hablaron de la ciudad. Son éstas, pues, obras conocidas por Urabayen, a las que parafrasea en ocasiones y tiene presentes. Pero son también novelas que no traspasan la corteza de la ciudad; no intentan una interpretación artística de Toledo. En ellas, la ciudad se presenta como mero soporte de la acción: como un exquisito museo arqueológico que en nada diferiría de cualquier otra ciudad vetusta española. Urabayen, por el contrario, penetra sobre esa corteza externa y encuentra a la bella y única Tolaitola, síntesis definitiva e irreplicable de variadas culturas y la erige en protagonista de sus novelas.

En Toledo: *Piedad* (1920), primera novela de la trilogía y también la primera que dio el autor a la estampa literaria, intuye que debajo de la corteza de la ciudad existe otra en la que se aúna lo esencial de las distintas razas, culturas y religiones que la habitaron: árabes, cristianos y judíos. Al final de la novela, después de un supremo esfuerzo intelectual que obliga al protagonista a regresar a su valle navarro, “descubre”, pues, a Toledo para la literatura. Se trata de una ciudad mortecina, pero factible de ser recuperada industrialmente mediante un injerto pirenaico. Al mismo tiempo comprende la disonancia que existe entre la ciudad histórico-artística y las fuerzas vivas que la habitan, problemática que trata en *Toledo la despojada* (1924): la sociedad esquilmada sin escrúpulo alguno a la rica y enjorada ciudad. Se trata de la ciudad “vívida” por el propio escritor. Por último, en *Don Amor volvió a Toledo* (1936) se sintetizan esas dos ideas: la del injerto y la del desfaleo artístico. A su vez, servirá de alegato contra el anteproyecto del Consejo de Obras Hidráulicas que pretendía desviar las aguas del Tajo en Bolarque, hacia la provincia de Almería. Urabayen propone otro, puesto que ése significaba el suicidio irreparable de Toledo: el desvío de las aguas del Tajo por la Vega toledana para hacerla fructífera, y aprovechar el caudal de las aguas mediante pantanos. En el plano novelístico, significa la plena interiorización del narrador en el alma de la ciudad y su total comprensión, una vez que pretende cambiar algo tan consustancial de la misma como es el curso del río. Es, por tanto, la Toledo “deseada” por Félix Urabayen, pero, al encontrar una férrea oposición en las fuerzas vivas toledanas, la ciudad quedará abandonada a su propio destino.

Para desarrollar esta novelística, Urabayen simboliza la ciudad “descubierta”, luego “despojada” y, por último, “deseada” en una hermosa mujer toledana que reúne todas las virtudes de la raza de Castilla. En efecto, aquella ciudad que palpita debajo de la corteza es materializada en Piedad, joven intelectual y de gusto exquisito, a la que todos los galantes toledanos desean, pero ninguno se atreve a acercarse a ella. Son los turistas que pasan por la corteza de la ciudad sin penetrar en ella. La Toledo maltratada por sus ciudadanos, en D^a Luz Medina de Layos, la Diamantista, heredera de inmensas fortunas. Esta gran dama, caprichosa y deslumbrante por su hermosura, se entrega a todos; deja hacer con su persona según la voluntad y antojo de sus amantes. Se trata del enigma de Toledo que cada uno de los pintores, escritores y artistas que hasta ella se han aproximado creían encontrar. Cada uno se lleva para sí lo mejor que encuentra. La gozarán y la expoliarán, mas a ninguno le será dado cambiar su fuerte personalidad. Por último, Leocadia Meneses será síntesis de las anteriores: hermosa como ellas, caprichosa, dotada de una fuerte e indomable personalidad y cambiante en su semblante, según la hora del día y la estación del año, como la ciudad. Esta mujer tendrá tres amantes que representan las tres grandes

herencias de Toledo; las tres grandes civilizaciones que a lo largo de su historia intentaron adueñarse de ella: El primero, Serafín Garrido, de procedencia goda que por tonto y hortera será rechazado por Leocadia; el pintor Gaytán, toledano de origen judío, es el segundo. A veces no, otras sí comprende los caprichos de la mujer. Aburrido y desengañado se marcha de la ciudad con una tribu de gitanos, significando con ello el espíritu errante de su raza. El tercer amor también es pasajero. Se trata de un alfarero andaluz, de ascendencia árabe por tanto, que llega un día cualquiera a la parte de allá del puente de San Martín y decide levantar un horno para trabajar. Conoce a Leocadia, también bíblicamente, y pretende chantajear a Don Inocente Meneses, tío canónigo de la joven y, a su vez, representante de las fuerzas vivas de Toledo. Naturalmente no lo consigue.

Debemos interrumpir aquí la glosa de estos amores para señalar que el germen renovador es simbolizado en un hombre del Pirineo, fuerte y decidido, de corte nietzscheano, capaz de sacar a la ciudad de su postración secular. Para realizar en el plano novelístico esta renovación de la ciudad, Urabayen, como los místicos, acudirá al matrimonio entre ambos protagonistas. Así, en *Toledo: Piedad*, la protagonista se casará con Fermín Mendía, personaje que llega a Toledo con la intención de encontrar a "la bella durmiente". Y encontrará a Piedad.

El último amor de Leocadia, el verdadero, será el ingeniero Santafé, desprovisto de esta carga histórica que soportaban sus predecesores oponentes. El planea la reforma industrial de las márgenes del Tajo mediante el desvío de sus aguas por la puerta de Bisagra, lo que significaba la salvación de Toledo. De este amante concebirá Leocadia el fruto bíblico. Por tanto, se añan las posibilidades de poseer la ciudad y a la mujer que la simboliza. Mas, D. Inocente, impulsado por un falso amor a la ciudad, se opondrá con todas sus energías tanto al matrimonio como a la reforma, y consentirá que Leocadia, en una noche de delirio febril, se arroje por la ventana. Así pues, la conclusión urabayenesca es clara: Toledo no tiene salvación mientras siga gobernada por la intrasigencia más reaccionaria; además, nunca el individuo, aislado, será capaz de vencer el curso de la sociedad por torcido que éste sea. De aquí el fracaso de todos sus héroes que, desengañados de la vida ciudadana, regresan a los valles pirenaicos de los que un día partieron.

Como en esta trilogía no se logra ninguna de las dos ideas centrales propuestas por Urabayen -la del injerto revitalizador y la desaparición del despojo toledano, puesto que en la segunda novela deja vivo a la "larva" chamarilera y en *Don Amor volvió a Toledo* se continúan estos desfalcos- la hemos considerado en estudios precedentes como los "amores y fracasos" de Urabayen en Toledo. Por tanto, a modo de resumen, podemos afirmar que Urabayen se alza como cronista sin par de Toledo y su provincia, y que la interpretación que nos ofrece de la ciudad no encuentra precedentes en las páginas de nuestra literatura.

En 1919, quizá por su afán de conocer, pide ser trasladado a la Escuela Normal de Badajoz, ciudad en donde publica *Toledo: Piedad*. Además, su estancia en la ciudad pacense también dio su fruto literario, materializado en su segunda novela: *La última cigüeña* (1921) en la que insiste en la idea regeneracionista de *Toledo: Piedad*, trasladada a Badajoz. Nos encontramos con el joven pirenaico que acude a Extremadura en busca de la "hulla blanca", es decir, de saltos de agua que permitan levantar centrales eléctricas en las márgenes del Guadiana. Encuentra la misma oposición reaccionaria, pero también un salto que le permite construir una central

con todo lujo de detalles, por lo que el ingeniero hidráulico Huici, a quien dedica la novela, le agasajó con elogiosas palabras. Encuentra también a la joven extremeña portadora de los valores de su raza con la que se casa. Al dar a luz, mure la joven por lo que Juan Manuel Iturralde regresa derrotado al valle del Roncal. Extremadura, pues, queda entregada a su propia muerte por inacción. Hemos de destacar en esta novela, además, no sólo la facultad de Urabayen para hacerse tanto con lo genérico como con lo específico del ambiente extremeño; también su capacidad para sintetizar simbólicamente la idea novelística: Juan Manuel simboliza a una cigüeña extranjera que intenta anidar en tierras de Extremadura; mas las cigüeñas extremeñas se lo impiden, ejemplificado en las encarnizadas peleas de las cigüeñas blancas de la Serena y las negras de Tierra de Barros. Su regreso al Pirineo significa el fracaso de la última posibilidad para Extremadura de salir de su abandono tradicional; de su atraso moral y social en definitiva.

Muy distinto es el problema, si es que existe, tratado en la trilogía navarra. Estas novelas -*El barrio maldito* (1925), *Centauros del Pirineo* (1928) y *Bajo los robles navarros* (1965)-, se presentan, en efecto, como una continua evocación idílica de toda Vasconia, en las que no faltan, sin embargo, la nota de censura y reproche. Las dos primeras fueron traducidas al francés en 1928 y la tercera, publicada más de veinte años después de la muerte del escritor, apareció incompleta y manipulada. En esta trilogía nos presenta Urabayen la forma de vivir y de morir de la gente vasconavarra: las antiguas costumbres que aún perduran -el pastoreo, la almadía, "el tributo de las rumiantes doncellas", el ir "a vistas"; los odios atávicos y ancestrales absurdamente mantenidos hasta el momento de ser novelados por los habitantes de Arizeun (Valle del Baztán) contra los agotes, minoría étnica de origen desconocido y recluida en el barrio de Bozate; la rica variedad gastronómica, las fiestas de San Fermín por nadie loadas como por Urabayen y no olvidamos a Hemingway; la estampa de numerosos personajes amosos (Gayarre, Navarro, Iparraguirre), así como la de otros variopintos que probablemente conoció el propio Urabayen; las tres posibilidades de vivir que los valles navarros ofrecen a sus hombres: el contrabando, la iglesia y la emigración, los valles repletos de hayales y robles; los ríos, las montañas, las formidables tormentas; los blancos caseríos extendidos por las laderas, etc. La vida desintoxicada del egoísmo e hipocresía ciudadana y la muerte feliz y tranquila es lo que canta Félix Urabayen en esta deliciosa trilogía, que es, además, lo elegido por los protagonistas una vez que han fracasado en la ciudad y han comprendido la malévola condición del género humano. De este regreso y de la acerba crítica contra las "larvas" modernas, ha de deducirse el carácter moralizante de la narrativa de este escritor vasconavarro transplantado al llano. Es Urabayen, pues, un gran moralista, como lo fue Quevedo, Cadalso, Larra, Ganivet y Baroja.

La desigual visión que el autor nos ofrece de ambas regiones, se equilibra con las ochenta y cuatro estampas que les dedica en número desigual, exceptuando cuatro deliciosas en las que glosa las tierras mallorquinas y alguna más referidas a otros lugares ajenos a Toledo y Navarra. Estas estampas ajenas a esos dos espacios las titula "Estampas del camino" que no han de confundirse con las que componen el libro de igual título. Son descripciones de paisajes, de pueblos, ciudades y monumentos que surgen en su caminar constante; semblanzas de tipos populares, anécdotas polieromadas, salpicadas de historia menuda y chispeante que publicó entre 1925 y 1936 en el espacio que el diario madrileño *El Sol* destinaba a los famosos "folletones" y

constituyen lo más personal de su literatura. Estas estampas eran celebradísimas en la misma redacción del periódico, según nos confirmó su íntimo amigo Olarra Garmendía, y le proporcionaron fama y renombre nacional. La mayor parte de las mismas fueron recogidas de forma arbitraria por el propio Urabayen en varios volúmenes: *Por los senderos del mundo creyente* (1928) -majestuosa, honda y sentida es la descripción de las cinco naves de la Catedral de Toledo-, *Serenata lírica a la vieja ciudad* (1928) -exquisitas descripciones sobre diversos aspectos de Toledo y de los pueblos de la provincia- y *Estampas del camino* (1934), dedicadas a los pueblos de Toledo y de Vasconia. Sesenta están dedicadas a glosar y describir la región toledana por lo que se amplía la visión localista expuesta en la trilogía haciéndola regional. Con ellas, al mismo tiempo, se logra el equilibrio anímico y temático perseguido por el autor puesto que con las estampas navarras, Urabayen insiste en aspectos ya tratados en las novelas. A estos tres volúmenes de estampas, se ha de añadir uno más: *Los folletones en "El Sol" de Félix Urabayen*¹, conjunto de veinticuatro estampas recopiladas por Miguel Urabayen, sobrino del escritor. Por último, *Vidas difícilmente ejemplares* (1928) es un compendio de biografías de personajes abigarrados y pintorescos unos e históricos otros, por los que Urabayen sintió verdadera admiración: El Greco e Iparraguirre, sobre todo.

Digamos ya que como ensayista, aparte de suculentos comentarios y digresiones sobre aspectos artísticos, de historia y literatura esparcidos por toda su narrativa, los cuales le confieren un matiz intelectual similar a la de Pérez de Ayala, dejó un amplio estudio sobre *Cómo han visto Toledo y su paisaje algunos escritores del siglo XIX*, y otros sobre crítica literaria. Este carácter ensayístico de la narrativa urabayenesca y ésta afición a la estampa, condicionan la estructura de sus novelas que adolecen de falta de cohesión interna, y aparecen como conjunto de cuadros escasamente hilvanados. Los personajes se presentan poco individualizados, en general, al erigirse en representantes de grupos o profesiones, pero bastantes tienen sello y trazas de poder ser grandes protagonistas de cualquier novela. Y la realidad novelada exige la constante e ineludible presencia del simbolismo. Así pues, al costumbrismo, realismo y débiles notas naturalistas consustanciales a su narrativa, añade una enorme carga simbólica que le hace no sólo diferenciarse de los escritores acogidos a esas corrientes literarias, así como de los noventayochistas, sino difícilmente clasificable en cualquiera de las corrientes múltiples que se sucedieron vertiginosamente en España durante el primer tercio de nuestro siglo. Es significativo a este respecto que, a pesar de la amistad que le unió con Ortega y Gasset, cuando el filósofo creó la *Revista de Occidente* donde encontraron su medio de expresión los que buscaban "la deshumanización del arte" con Benjamín Jarnés a la cabeza, Urabayen permaneciera fiel a las páginas de *El Sol*; ello corrobora la persistencia urabayenesca y lo poco dado que era el escritor, como otros que continuaron guardando fidelidad al periódico madrileño, a hacer concesiones que comprometiesen su independencia de criterio y sus gustos artísticos, alumbrados por la prosa de Cervantes y de Galdós. Esta independencia de criterio se refleja asimismo en la

(1) URABAYEN, Miguel, *Los folletones en "El Sol" de Félix Urabayen*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viena, 1983.

pertinaz defensa que hace del magisterio de Galdós cuando los vientos literarios iban por otros derroteros.

Por lo expuesto anteriormente de forma somera, es fácil adivinar que no son la imaginación y la fantasía cualidades relevantes de Félix Urabayen, aunque no falten en su narrativa. Su obra se inspira en los espacios en que vivió. Probablemente, a la altura de 1936, fecha en que aparece *Don Amor...*, su temática pueda parecer anquilosada o trasnochada por su tinte regeneracionista y en relación con la que se venía haciendo de mano de las vanguardias. Sin embargo, obedece a una toma de posición ética y social que en Urabayen fue constante y permanente que arranca con el krausismo: reforma social y espiritual de España. Además, si la expresión literaria de esta temática venía de lejos (Costa, Lucas Mallada, Macías Picavea, etc., y prolongada por Julio Senador), no menos cierto que los problemas consustanciales a la España rural seguían siendo los mismos. Esta constancia le llevó a tejer acerbas críticas contra los “del 98”, una vez que a partir de 1905 abandonaron esos ímpetus reformistas, y contra los “del 18”, generación en la que él mismo se autoincluyó en un principio, una vez que la ideología de estos escritores, más ocupada en cuestiones estéticas, corría despreocupada el tema de “España como problema”, constante en la novelística de nuestro escritor.

De regreso a Toledo en 1921 ya no abandonaría la ciudad, excepto los viajes a Madrid exigidos por cuestiones relacionadas con la editorial Espasa-Calpe en donde se publicaron casi todas sus obras y con *El Sol*. Y en Madrid se pone en contacto con la bohemia intelectual, desprovista de empaque y dogmatismo: con la intelectualidad nocturna de los cafés y cenáculos (Lyon, D'ors, el Regina, Roma). Conoce a Valle-Inclán, a Antonio Machado, a Fernández Almagro que muy pronto descubrió la literatura de nuestro escritor y proponía a los jóvenes la lectura de la misma; a Ortega y Gasset e íntima con Azaña. Esta amistad, precisamente, le “obligó” a presentarse a las elecciones de febrero y abril de 1936, y a ocupar el cargo de Consejero de Cultura que el presidente le rogó que aceptara. Pero Urabayen no era un hombre político. Era, sí, un hombre de izquierdas que hubo de decidirse ante los grandes problemas del momento histórico que le tocó vivir y comprometido, desde su posición de intelectual, con la hora de la España de su presente: aliadófilo, rebelde contra la dictadura de Primo de Rivera, saludador entusiasta de la República como tantos intelectuales más, regeneracionista hasta el estallido de la guerra, puesto que los problemas cruciales de España seguían siendo los mismos, agravados por las circunstancias del momento, y entregado plenamente a su labor docente en su afán de formar buenos maestros que habrían de trabajar en una España rural, inculta y miserable, y a la reforma pedagógica. Igualmente, la significación última de sus Estampas viene dictada por esa preocupación pedagógica: suscitar el interés del alumno por el mundo circundante, sobre todo por la España rural de la que proceden. Es decir: educación ético-humana, según los presupuestos de Giner de los Ríos, más una honda educación estética como pregonaba Manuel Bartolomé Cossío. Realidad y Poesía.

De su contacto con Madrid, surge otra novela *Tras de trotera, santera* (1932), de claro tinte galdosiano, en la que narra los tiempos que precedieron a la proclamación de la República y el posterior triunfo de la misma. Esta novela, que viene a ser un aviso para Azaña, a quien está dedicada, para que no suceda en la realidad lo que en la novela ocurre, en la intención del autor habría de ser la primera de una trilogía que no logró concluir. Tenemos constancia, sin embargo, de la

existencia de dos manuscritos de la segunda, *Como en los cuentos de hadas*, en la que novelaba los tiempos republicanos y daba cuenta del Madrid literario y bohemio que conoció el autor. Una novela muy similar con *Troteras y danzaderas* de Pérez de Ayala. A novelar los tiempos de la guerra civil, se ceñiría la tercera de la trilogía que planeaba en Pedreguer (Alicante).

Al estallar la contienda, hubo de trasladarse a Madrid en donde encuentra refugio en la embajada de Méjico cuyo representante le ofreció una cátedra en una universidad de su país. Sin embargo, Urabayen, aun animado por Menéndez Pidal, su gran amigo Marañón y el alcalde de Madrid, Pedro Rico, la rechaza obstinado en no abandonar España. A principios de 1937, es destinado a Alicante; allí ejerce hasta que lo permiten las circunstancias. Regresa a Madrid unos días después de terminar la guerra e, inexplicablemente, es detenido y encarcelado hasta noviembre de 1940. Allí comparte celda con Miguel Hernández y Buero Vallejo. En Pamplona pasa los dos últimos años de su vida y termina su postrera obra, *Bajo los robles navarros*, que ya no verá publicada. Regresa a Madrid a mediados de diciembre en donde muere el 8 de febrero de 1943 mientras leía *La conquista de la felicidad* de Bertand Russell.

Para terminar esta sucinta presentación del escritor y su obra, bástenos señalar que, si no podemos afirmar que Urabayen sea un gran "constructor" de novelas, nos asisten razones suficientes para asegurar que Félix Urabayen se alza como prosista delicado y ameno, en cuyas narraciones se conjugan lo real y lo simbólico, lo cotidiano documentado y la fantasía más apasionante, la crítica implacable y la indulgencia irónica, a la par que se revela como paisajista primoroso y hondamente lírico. Con todo ello logra un estilo "cuidadísimo", cuya base de sustentación es la ironía, desde la que se eleva a pasajes de encumbrada retórica o se ciñe a otros de máxima sencillez, expresado en una sintaxis y con un vocabulario de sabor clásico. Asimismo, con esta ironía y la vena humorística desplegada por su obra, Urabayen se aleja de sus personajes a los que degrada, al tiempo que Valle-Inclán, desde cualquiera de las fórmulas de la esperpentización, o de lo narrado para simular que no concede seriedad a nada; sin embargo, debajo se desliza la censura y una gran dosis de moralidad. Por todo ello, Félix Urabayen merece, desde cualquier perspectiva, ser rescatado del inmerecido olvido en que se encuentra. Además, sin él y sin otros muchos escritores, ya más injustificadamente relegados al silencio, las páginas de nuestra literatura quedarán siempre incompletas.